

ANN CLAYCOMB

SILENCIADAS

UN CUENTO DE HADAS DEL #METOO

Traducción de

Aitana Vega Casiano

Corrección de

Rebeca Cardenoso



Título original: *Silenced*

© Ann Claycomb, 2023

This edition is published by arrangement with Donald Maass Literary Agency through International Editors and Yañez' Co.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Aitana Vega Casiano, 2024

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2024

Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: abril de 2024

Ilustración de cubierta: © Jenni Conde, 2024

Corrección: Rebeca Cardeñoso

Diseño y maquetación: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-127672-4-7

Depósito: AS 00634-2024

Impresión: Kadmos

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Paula (obviamente), una amiga mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Para Mirene, a quien creo que este le habría encantado. Y para Ryan, siempre y con amatistas.

«¿Por qué se sienten los hombres amenazados por las mujeres?», le pregunté a un amigo. [...] «En general, los hombres son más grandes, corren más rápido, estrangulan mejor y tienen de media más dinero y poder». «Tienen miedo de que las mujeres se rían de ellos», me respondió. [...] Durante un breve seminario de poesía que impartí, les pregunté a las alumnas: «Por qué se sienten las mujeres amenazadas por los hombres?». «Tienen miedo de que las maten».

MARGARET ATWOOD, *Second Words: Selected Critical Prose, 1960–1982*¹

Habiendo notado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la enjugó dos o tres veces, pero la sangre no desaparecía. En vano la lavó y hasta la frotó con arenilla y asperón, pues continuaron las manchas sin que hubiera medio de hacerlas desaparecer, porque cuando lograba quitarlas de un lado, aparecían en el otro.

CHARLES PERRAULT, *Barba Azul*²

1. Nota de la traductora: Traducción propia, dado que el texto original carece de una versión oficial en español.

2. N. de la T.: Traducción de Teodoro Baró disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Nota de la autora

Silenciadas aborda el tema de las agresiones sexuales y el silenciamiento que sufren muchas mujeres cuando intentan denunciar. La novela también incluye algunas descripciones breves de agresiones sexuales. Aunque no son gráficas, pueden resultar perturbadoras para algunos lectores.

Entonces, ¿por qué escribir este libro?

Como eterna apasionada, erudita y escritora de cuentos de hadas, en 2017 me puse a darle vueltas a mi segundo libro. Ese fue el año en que los medios de comunicación nacionales explotaron con las revelaciones sobre el comportamiento depredador de Harvey Weinstein, Matt Lauer y muchos otros hombres poderosos, lo que propulsó el movimiento #MeToo. Ya había rechazado varios cuentos de hadas occidentales como inspiración para mi próxima novela, frustrada por las limitaciones que cada historia me obligaba a imponer a la protagonista femenina. A medida que más y más mujeres sumaban sus voces al movimiento #MeToo, empecé a mirar los cuentos desde una perspectiva diferente. Estas historias no solo «limitan» a las mujeres, sino que las agreden. Las atrapan en comas, en torres sin salida, en cuerpos de animales. Las obligan a trabajar como esclavas, las casan con monstruos y las castigan por atreverse a resistirse.

Así que me replanteé el libro no como un *retelling* de un único cuento de hadas, sino como una historia englobada dentro del movimiento #MeToo que incorporase varios cuentos. También me concentré no en una, sino en cuatro

protagonistas, cuyas identidades reflejan la diversidad tanto de mi ciudad natal, Washington D. C., como de las mujeres que en los últimos años se han unido para manifestar una rabia colectiva. *Silenciadas* aborda, en efecto, el tema de las agresiones sexuales y sus secuelas. Sin embargo, mi objetivo al escribir esta historia era el de celebrar a las supervivientes que, igual que mis personajes, se niegan a dejarse silenciar o definir por lo que les han hecho. Esta es su historia y, si también es la tuya, espero haberle hecho justicia a tu valentía.

27 de julio: Abony

—Érase una vez un hombre que salió impune de todo lo que había hecho —dijo Abony—, pero hoy no. Nos aseguraremos de ello.

Ranjani, que conducía porque no le quedaba otra, aparcó cerca de un cartel en el que se leía: «Solo para visitantes de la comisaría». Después apagó el motor y se quedó quieta como una estatua, mirando las puertas del edificio.

—Respira, Rani.

La mujer cogió aire con una inhalación temblorosa.

—¿Es aquí? —preguntó Abony—. ¿La comisaría correcta y la entrada correcta?

—Sí —susurró Ranjani—. Aquí es donde vine en mayo. —Aflojó los puños que apretaba en el regazo para señalar hacia la izquierda—. Aparqué justo debajo de ese árbol.

—Bien. ¿Te sientes preparada para entrar?

Ranjani se llevó una mano a la cadena que le rodeaba el cuello, se sacó el colgante de debajo de la blusa y lo apretó con los dedos.

—Estoy bien —dijo.

Les iba a llevar un rato.

En lugar de meterle prisa a Ranjani, cuando ya era un milagro que hubiera llegado hasta allí, Abony se concentró en lo que ella tenía que hacer antes de entrar en la comisaría. Recogió el bolso que tenía entre los pies y guardó el móvil

dentro. Bajó la visera del coche y comprobó que tenía bien el pintalabios y el pelo lo más decente posible en la humedad típica del verano en Washington. Satisfecha, cerró el espejo, salió del coche y se meneó con la mayor discreción para despegarse la tela del vestido de tubo de color azul cielo de la parte de atrás de los muslos. Evitó mostrar ninguna expresión de victoria ni alivio cuando oyó que Ranjani se bajaba del coche y cerraba la puerta del conductor a la vez que ella hacía lo propio.

Mientras se acercaban a la entrada, salieron dos mujeres, una negra y otra blanca, que se reían con una broma compartida. Iban vestidas con ropa de calle, pero cuando la mujer blanca levantó la mano para abrirlas la puerta, reveló una pistola bajo la axila. Así que eran inspectoras, o cualquiera que fuera el rango policial necesario para ir armadas y vestidas de civiles. Abony se preguntó si las armas las harían sentirse poderosas, si las harían sentir seguras.

—¡Bonitos zapatos! —dijo la que sostenía la puerta.

La otra mujer bajó la vista a los pies de Abony y silbó.

—Ostras. Apostaría a que llevas puesto mi sueldo de un mes.

—Estoy bastante segura de que el sueldo es mío —espetó Abony y entró en el edificio.

Comprobó por las puertas de cristal del vestíbulo que Ranjani iba detrás de ella. Cuando las dos policías cerraron la puerta tras de sí, oyó cómo una se quejaba de que Abony no tenía sentido del humor y la otra se reía y comentaba que cualquiera que pudiera permitirse aquellos zapatos también tenía permiso para ser un poco zorra.

Los zapatos de tacón de Abony eran de charol nacarado y, cuando les daba la luz, pasaban del azul pálido al rosa y al oro rosa. Las suelas eran de un rojo brillante perfecto. Le habían

costado seiscientos cincuenta dólares, rebajados de ochocientos, lo que no se acercaba para nada a la totalidad de su sueldo. Pero era solo un par. Si sumaba esos seiscientos cincuenta a los setecientos setenta y cinco del par de la semana anterior y los mil seiscientos de los dos pares de la anterior y...

—Abony, ¿estás bien?

Sintió un cosquilleo de sudor en la nuca. Respiró hondo y asintió sin volver la cabeza para evitar la mirada preocupada de Ranjani. En vez de eso, miró el reflejo que compartían: una escultural mujer negra con un elegante vestido entallado y unos fabulosos zapatos que añadían cinco centímetros a su ya impresionante estatura y una joven india menuda con un vestido de seda de color coral y unas sandalias planas, con cuentas doradas enroscadas en el extremo de su larga trenza negra. Se veían elegantes y profesionales, cada una a su manera. No parecían unas víctimas de violación demasiado asustadas para denunciar.

—Porque no lo somos —dijo Abony con fiereza a la versión de sí misma del cristal—. Vamos a hacerlo. No vamos a permitir que se salga con la suya.

Abrió de un empujón las puertas interiores y arrastró a Ranjani dentro del edificio.

Las cosas se torcieron casi de inmediato. Frente a un largo y curvilíneo «mostrador de información» que le recordaba a la recepción de un hotel, Abony esperó su turno y luego informó al joven con un polo del Departamento de Policía de Washington D. C. que estaba sentado detrás que habían ido para denunciar un delito.

—¿Qué división, señora?

—¿División?

—¿Qué ha ocurrido, señora?

El vacío que parecía hambre pero no lo era se despezó en las tripas de Abony y el sudor volvió a brotarle en la nuca, bajo los brazos, en las palmas de las manos y hasta en las plantas de los pies. Temió tropezarse y caerse si tenía que caminar demasiado con los puñeteros zapatos de seiscientos cincuenta dólares. Se esforzó por pronunciar las palabras.

—Queremos hablar con alguien de Delitos Sexuales.

El rostro del joven se descompuso. Dejó en la mesa el portapapeles que estaba a punto de ofrecerle y, en su lugar, descolgó el teléfono para hacer una llamada. Habló en voz baja y deprisa con quienquiera que contestara. Luego les indicó que se dirigieran a la derecha del mostrador.

—Esperen ahí y enseguida bajará alguien.

«Enseguida». Abony se alejó lo suficiente en la dirección señalada por el joven como para ver el directorio del edificio en la pared y el conjunto de ascensores más allá. Según el cartel, Delitos Sexuales estaba en la cuarta planta, lo que significaba que, para llegar a esa oficina en ascensor, Ranjani tendría que atravesar una puerta que nunca había atravesado. Podían subir por las escaleras... No, también estaban precedidas por una puerta.

Se dio la vuelta para mirar a Ranjani al oírla contener un jadeo.

—No tenemos que subir —dijo—. Cuando alguien baje, le pediremos salir a dar un paseo, ¿de acuerdo? Iremos a sentarnos en un banco fuera. Ya lo hemos hablado.

—Lo sé —dijo Ranjani, pero tenía las pupilas dilatadas y los nudillos blancos de apretar el colgante.

Por su parte, la determinación de la propia Abony empezaba a quebrarse bajo la sudorosa, temblorosa y nauseabunda ola de necesidad que no iba a ser capaz de resistir durante

mucho más tiempo. Si seguía intentándolo, se desmayaría, el amable joven del mostrador tendría que llamar a emergencias y Ranjani probablemente huiría y la dejaría allí. Entonces tendría que achacar su desmayo a un golpe de calor, convencer a los técnicos de emergencias de que no la llevaran al hospital y luego pedir un Uber para volver a casa.

Uno de los ascensores se abrió y una mujer avanzó hacia ellas. Tenía la piel aceitunada, el pelo oscuro, rizado y canoso, y un ceño fruncido que tal vez pretendía transmitir la seriedad con la que planeaba atender su denuncia, pero que Abony interpretó, a través del creciente mareo, como irritación. La necesidad nunca la había hecho vomitar, pero en ese momento empezó a parecerle una posibilidad muy real y no pensaba permitirlo; no iba a vomitar en el suelo de mármol desgastado de la comisaría, sobre sus tacones So Kate 120 iridiscentes ni, Dios no lo quisiera, sobre los mocasines negros de una inspectora de Delitos Sexuales.

Abony se dio la vuelta y volvió a salir. Se las arregló para no echar a correr porque con los zapatos no podía, no con los pies sudados y menos por el suelo pulido. Oyó la voz de la mujer detrás de ella: «¡Señora! ¿Señora? ¿Necesita ayuda?». También la respiración sollozante de Ranjani por encima del hombro, quien, por supuesto, no había necesitado muchos incentivos para abandonar aquel estúpido intento condenado al fracaso de denunciar lo que él les había hecho.

Porque no se había limitado a violarlas. Les había hecho algo después. ¿Drogas? ¿Alguna clase de hipnosis? Algo que había implantado aquellos intensos e inverosímiles bloqueos en sus subconscientes para que fueran incapaces de denunciarlo por mucho o muchas veces que lo intentaran. Había hecho que Abony se sintiera indefensa y, joder, qué poco le gustaba. Ella nunca estaba indefensa.

En la acera, buscó a tientas el teléfono, encontró la aplicación de eBay y compró los zapatos que se había asegurado de dejar en el carrito virtual por la mañana. Eran una ganga, seiscientos sesenta y cinco dólares. En cuanto apareció en la pantalla la confirmación del pedido, se tragó la inundación de saliva que notaba en la boca. No iba a vomitar ni a desmayarse. Seguía sudando, pero podía achacarlo al aire caliente de julio. Se dejó caer en el banco más cercano, sacó un paquete de toallitas perfumadas del bolso, se dio unos toquecitos en la cara y se pasó una toallita por la nuca, hasta que el frío húmedo la hizo estremecerse. Después se atrevió por fin a mirar a Ranjani, que estaba en el banco de al lado.

—¿Estás bien? —preguntó Abony.

Ranjani estaba sentada muy erguida, como siempre, con las manos entrelazadas en el regazo y el colgante guardado de nuevo bajo la ropa.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—También —dijo Abony.

—¿Te has comprado unos zapatos?

—Sí. Ya te dije que lo haría si me hacía falta.

—Siento que hayas tenido que hacerlo.

—Lo sé.

Abony sabía que ella también debía disculparse por haberla arrastrado hasta allí. Ranjani no había querido ir, aterrorizada como siempre de encontrarse en una situación que la obligara a cruzar una puerta nueva, pero en cuanto le había dicho a Abony que ya había estado una vez en la comisaría cercana a su casa, ella la había convencido de que tenían que intentarlo.

—Disculpen.

Las dos se volvieron para mirar a la mujer del ascensor, que las observaba con los ojos entrecerrados por la luz de la tarde.

—En el mostrador me han dicho que querían denunciar un delito sexual. Sé que da miedo, pero estamos aquí para ayudar. ¿Seguro que no quieren volver dentro y hablar? ¿Escapar del calor unos minutos?

Aquella mujer, una inspectora de policía especializada en agresiones sexuales, estaba muy cerca. Quería ayudar. Su trabajo era creerlas. Las creería cuando le contaran lo que había pasado. Pero ¿se creería el resto?

Abony ni siquiera entendía el resto ella misma. Los escalofríos estaban empezando de nuevo y, si seguía hablando con aquella mujer, acabaría teniendo que comprarse otro par de zapatos, con lo que ya serían dos pares en un día y eso anularía la ganga que había sido el primero, por no mencionar que no tenía ningún otro guardado en Gilt ni en eBay ni en Saks ni en Neiman's, así que tendría que buscar uno y probablemente pagar más, con lo que el total del mes superaría los cinco mil dólares y...

Oyó un gemido ahogado y se dio cuenta de que era su propia voz, atrapada en su garganta. Entonces sintió la mano pequeña y fría de Ranjani en el brazo.

—Gracias —dijo Ranjani a la mujer—. Agradecemos su ayuda, pero estamos bien.

—Tu amiga no parece estarlo.

—Pues lo estoy —dijo Abony y sintió que sus síntomas se aliviaban como una ola que retrocedía—. Sentimos haberla molestado —añadió con firmeza.

Se metió la toallita húmeda en el puño y se levantó, con el bolso colgado del hombro y dejando que los zapatos min-tieran por ella sobre su confianza, su poder y su sensación de control.

La detective las miró a una y la a otra. Abony casi veía su confusión en una burbuja de pensamiento sobre su cabeza. Ranjani era joven, guapa y de voz suave, pero Abony había huido del edificio y había dejado que su acompañante hablara por ella hacía solo un momento. Entonces, ¿cuál de las dos había sido víctima de una agresión sexual y cuál intentaba convencerla para que no lo denunciara? ¿Y por qué?

—Voy a dejarles mi tarjeta —dijo por fin la inspectora y se esforzó por entregarles una a cada una, aunque tuvo que rodear a Abony para ponérsela a Ranjani en la mano.

Mientras se alejaba, Abony imaginó que volvía a llamarla, le pedía que se sentara en el banco con ellas y le explicaba por qué habían ido hasta allí. Pero imaginó el escenario casi como un juego, como quien visualiza un posible accidente mientras espera en un cruce: «¿Y si ese Corvette se salta el semáforo en rojo? ¿Y si el camión azul no cede el paso?». Ya había tentado demasiado a la suerte por un día.

Se dirigió a la papelería más cercana para tirar la toallita húmeda y la tarjeta de la inspectora, luego se sacó las gafas de sol del bolso y se las puso. Agradeció tanto el alivio del resplandor como el hecho de que las gafas le ocultaran los ojos.

—¿Lista para irnos? —preguntó Ranjani detrás de ella.

Abony asintió sin darse la vuelta. Pensó en las cosas que debería decirle a Ranjani en aquel momento: «Lo siento. No debí pedirte que lo hicieras. Sabíamos que no funcionaría». Pensó en otras cosas que podría decir, formas de quitarle hierro al asunto: «Bueno, valía la pena intentarlo. Encontraremos otra manera, Rani. Ya se nos ocurrirá algo».

No dijo nada. Condujeron en silencio hasta la estación de metro más cercana, donde se bajó del coche de Ranjani.

Mientras esperaba al próximo tren en el andén, le llegó una notificación del sistema de alertas de emergencia de la empresa: «¡Urgente! Por favor, léalo». El enlace conducía nada menos que a una captura de pantalla de un canal de Discord. Estaba a punto de borrarlo y enviar al equipo informático un aviso de que los habían hackeado cuando una frase le llamó la atención. Leyó todo el hilo, luego buscó el canal del que procedía la captura y revisó el contenido más reciente, desconcertada. ¿Se lo había enviado el propio director general u otra persona del trabajo sabía lo que le había hecho? No sabía cuál de las dos opciones era peor, ni si la conversación que tenía delante era una burla, una advertencia o un enigma que, si lo resolvía, le indicaría cómo liberarse.

CANAL DE DISCORD VIVAN LOS CUENTOS DE HADAS

Somos una comunidad inclusiva en la que se celebran todas las voces e identidades. No se tolerarán las expresiones de odio, prejuicios ni ningún tipo de gilipollerismo en general (sí, sabemos que esa palabra no existe). Pincha [aquí](#) para leer todas las normas y directrices del canal.

FOROS DE DEBATE

- **Cuento de hadas del día:** *Envía un resumen de un cuento de hadas que adores, odies o simplemente consideres que debería conocer más gente e invita al resto a compartir sus opiniones.*
- **Pregunta del día:** *Envía una pregunta sobre cuentos de hadas, o sobre un cuento concreto, para debatirla. Se aceptan preguntas que de verdad quieras que te respondan, preguntas que te quitan el sueño y preguntas retóricas diseñadas solo para crear debate.*
- **Cuentos de nuestros tiempos:** *En serio, ¡los tropos están por todas partes! Comparte una historia de la vida real que te recuerde a un cuento de hadas tradicional e invita a nuestra comunidad a flipar contigo por cómo la realidad imita a la ficción. Todo el puto tiempo.*

Pregunta del día: ¿A qué viene la obsesión con los pies de las mujeres en los cuentos de hadas?

Enviada por bellerules (miembro desde 2015)

Jess: Buena pregunta. Hay MUCHÍSIMOS cuentos de hadas que tienen movidas raras con los pies de las mujeres. ¿Hola? ¿*La Sirenita*? No digo la de Disney, sino el cuento original.

Eden: ¡Sí! ¡Totalmente! Y ya que hablamos de Andersen, ¿alguien ha leído *Los zapatos rojos*? Id a buscarlo, o mejor no porque es HORRIBLE. Va de una chica que siempre ha sido pobre y no tiene zapatos y lo único que quiere son unos zapatos bonitos, pero entonces se enamora de unos rojos en una tienda y todo el mundo le dice que las chicas buenas y cristianas no llevan zapatos rojos (¿¿¿perdón???) e intentan obligarla a comprarse unos negros muy sosos. Al final compra los rojos igual y se los pone para ir a la iglesia, todo el mundo alucina por algún motivo y alguien (un tío seguro) le echa una maldición para que no pueda quitarse los zapatos nunca y tenga que bailar con ellos para siempre.

badassvp: Exacto, odio ese cuento. Odio a Andersen en general por cómo trata a las mujeres, pero esa historia en concreto es lo peor. LAS MUJERES DEBERÍAN PODER VESTIRSE COMO QUIERAN. Un apunte: no los lleva para siempre. Encuentra a un hombre con un hacha y le ruega que le corte los pies y el tío ¡¡LO HACE!! Luego los zapatos se van bailando solos con sus pies todavía dentro y a ella le dan unas muletas y unos pies de madera y se hace mendiga. Es un puto horror.

steph: No conocía ese cuento, pero acabo de buscarlo y leerlo. ¡Madre mía! Es horrible. Pero gracias por compartirlo. ¿Hay más así?